

Ken Bain

Lo que hacen los mejores profesores universitarios
Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2005, 229 páginas

Carlos Monasterio Escudero

monaster@uniovi.es

Departamento de Economía, Universidad de Oviedo, Avenida del Cristo s/n, 33071 Oviedo

Recibido: 30 de mayo de 2006

Aceptado: 13 de julio de 2006

En la actividad universitaria es bien sabido que existen incentivos mucho mayores para que los profesores se centren en la investigación que en la docencia, dada la mayor influencia de los resultados de la investigación en la carrera académica del profesor.

Si nos referimos al caso de España, con los nuevos planes de estudio, que han puesto mayor énfasis en la importancia de las prácticas y en el proceso de aprendizaje de los alumnos, se ha renovado el interés por las cuestiones docentes.

Actualmente, el proceso de puesta en marcha del espacio europeo de educación superior pone de nuevo el acento (al menos formalmente) en la perspectiva del alumno, midiendo los requerimientos de tiempo y actividades a desarrollar para adquirir las destrezas y conocimientos propios de cada materia.

La obra de Ken Bain sobre “Lo que hacen los mejores profesores universitarios” es un intento de poner a disposición de cualquier profesor interesado una serie de pautas que se han revelado eficaces para lograr que los alumnos adquieran un conocimiento profundo, interesándose por la asignatura y sumergiéndose en un proceso de aprendizaje crítico.

El punto de arranque de la obra es la distinción entre tres tipos de aprendizaje:

1º) Aprendizaje superficial. Estudiantes que “van tirando” a base de memorización de lo que creen que va a ser probablemente objeto de examen y que sólo son capaces de reproducir cierto tipo de ejercicios o cuestiones.

2º) Aprendizaje estratégico. En este caso, se trata de estudiantes interesados en sacar las mejores notas, pero sin esforzarse en llegar hasta formarse una percepción propia de la materia. Aprenden toda la materia, realizan el examen y luego la “borran” de su memoria, para dejar sitio al estudio de nuevas asignaturas.

3º) Aprendizaje profundo. Estudiantes que asumen el desafío de dominar la materia, metiéndose dentro de su lógica y tratando de comprenderla en toda su complejidad.

Los estudiantes que llegan este nivel de compromiso llegan a ser pensadores independientes, críticos y de mente creativa.

La diferencia fundamental, que distingue a los mejores profesores universitarios, es la capacidad de llegar a involucrar a sus estudiantes en el “aprendizaje profundo”.

En vez de considerar que su tarea docente consiste en enseñar los hechos, conceptos y procedimientos de la asignatura, como si su tarea fuese verter el conocimiento en la cabeza de sus alumnos, hasta completar la medida adecuada, proporcionando las respuestas correctas que deben ser recordadas, esperan que sus estudiantes se animen a buscar respuestas a las preguntas importantes, utilizando para ello la metodología, los supuestos y los conceptos de la propia materia (y también los de otras afines).

Merece la pena subrayar que las preguntas adecuadas adquieren un papel fundamental en este tipo de aprendizaje profundo. Bain reitera este punto en varias partes de su libro¹, señalando que la motivación para aprender depende en gran medida del interés que nos suscite la materia, dado que, si consideramos relevante la cuestión a responder, nos interesaremos más en la búsqueda de respuestas y ello hasta tal punto que los científicos del conocimiento piensan que las preguntas son tan importantes que no podemos aprender hasta que la pregunta adecuada ha sido formulada.

Llegados a este punto, la pregunta clave es como podemos aprender de lo que hacen los mejores profesores universitarios, para incorporarlo a nuestra propia práctica docente.

Se trata de evitar el conocido problema de que la docencia es uno de los campos donde menos se aprovecha la experiencia previa. El don especial para la docencia que poseen algunos profesores a menudo desaparece con ellos y debe ser redescubierto por las siguientes generaciones de docentes.

El núcleo del libro de Bain, desarrollado a lo largo de los capítulos 2 a 7 del libro, trata de fijar los puntos de referencia que cualquier profesor universitario debe tener en cuenta para mejorar su docencia y acercarse a los resultados de los mejores.

El capítulo 2, marco general de todo el enfoque, ofrece pautas para conocer el proceso de aprendizaje, especialmente enfocado para conseguir el aprendizaje profundo, atrayendo a los estudiantes con la expectativa de que esa materia les permitirá construir respuestas propias a preguntas de gran relevancia y evitando tanto la utilización de las calificaciones para persuadir a los alumnos como el concebir la tarea docente de forma similar a la enseñanza de un catálogo de conceptos y procedimientos propios de la asignatura.

Los capítulos en los que Bain ofrece lo que podríamos llamar la “caja de herramientas para la docencia” son el 3 y el 5.

El capítulo tercero, que lleva el sugerente título de ¿Cómo preparan las clases? ofrece un conjunto de criterios que parten de los conocimientos y modelos mentales previos de los estudiantes, para, a partir de ahí, suministrar la información y la capacidad de razonamiento que les permitan enfrentarse a los temas conflictivos y las preguntas socialmente relevantes a las que tratamos de dar respuesta.

Parte esencial del proceso es mantenerse atento a lo que saben y esperan del curso y el explicarles del modo más transparente posible los estándares intelectuales y profesionales que deben alcanzar, proporcionándoles herramientas de autoevaluación, para que puedan graduar el avance de sus conocimientos.

El capítulo quinto examina una serie de principios bien codificados, que se suelen enseñar habitualmente en los cursos de orientación pedagógica a los docentes, divididos entre principios docentes² y “oficio docente” en el aula (buena oratoria, lenguaje cálido y saber dejar hablar a los estudiantes).

También los capítulos 4 (¿Qué esperan de sus estudiantes?) y 6 (¿Cómo tratan a sus estudiantes?) tienen un alto grado de relación entre sí, debido a que para imbuir en los alumnos la confianza en sus capacidades para desarrollar un pensamiento crítico y que

aprecien en sus profesores una actitud de fe en sus capacidades, es necesario comunicarles que la docencia es una inversión en beneficio mutuo, en la que el mayor conocimiento de los profesores no es óbice para que, en una visión general del aprendizaje, compartan un viaje común en busca de un mayor entendimiento de los problemas.

Lo anterior no presupone ningún tipo concreto de trato personal entre profesores y alumnos; algunos buenos profesores tratan a sus estudiantes de un modo muy formal, mientras que otros rompen la mayoría de las barreras sociales convencionales. Aunque en esto no hay semejanzas, el libro de Bain nos advierte que “nos encontramos con profesores menos efectivos siempre entre los que estaban convencidos de que los dioses de la academia habían abarrotados sus clases únicamente con anti-intelectuales perezosos”.³

Finalmente, el capítulo 7 se ocupa del siempre delicado tema de la valoración de la docencia, en el doble sentido de cómo evaluar a los estudiantes y como evaluar la docencia del profesorado.

Respecto a los estudiantes, Bain propone integrar el proceso de calificación dentro (y en paralelo con) el proceso de aprendizaje. Calificar, por tanto, no sería algo que se hace “después de “exponer la asignatura, sino “a la vez que” se explica la asignatura.

Se trata, en suma, de que calificar no sea una forma de clasificar, sino un modo más de relacionarse con los estudiantes. Aunque en este punto Bain no opta por ningún tipo de prueba específica (exámenes globales, trabajos, puntuación por preguntas), sí que muestra cierta preferencia por los exámenes acumulativos, con una sucesión de pruebas de conjunto en la que cada una reemplaza a la anterior, dando oportunidad al alumno de probar, contrastar su nivel de conocimientos y volver a probar en el siguiente examen.

Respecto a la valoración de la docencia del profesorado, aparte de utilizar el tradicional sistema de preguntas a los estudiantes (atendiendo a la distinta distribución de las puntuaciones y sus causas, además de ciertos factores de entorno, fuera del control del profesor), se utilizaría la valoración por expertos de los materiales de la docencia (programas y métodos de la signatura, prácticas propuestas, trabajos realizados por los estudiantes).

Dos apuntes de interés que surgen en varias partes del libro y que conviene tener en cuenta son las siguientes:

1º) Los mejores profesores universitarios son personas al día en sus respectivos campos, que conocen la historia de su disciplina y las controversias en su desarrollo y que a menudo también se interesan por otros campos científicos, aunque en materia de investigación “Algunos tienen una impresionante lista de publicaciones de las que más aprecian los académicos. Otros presentan registros más modestos; o en otros casos, prácticamente ninguno en absoluto”.⁴ No parece existir, por tanto, correlación estrecha entre resultados docentes e investigadores.

2º) En cuanto al método de enseñanza, algunos utilizan preferentemente las clases magistrales, otros, el análisis de casos y las prácticas de diverso tipo y otros la realización de seminarios o cualquier combinación entre estos métodos.

Por consiguiente, no es tanto el instrumento docente elegido como el estilo de docencia lo que marca la diferencia para llegar a conducir a los estudiantes hacia el aprendizaje profundo.

En conjunto, el libro de Ken Bain puede considerarse una guía muy útil para ofrecernos algo de la esencia del talento natural de los mejores profesores, que junto a la erudición y el conocimiento de la materia, les permiten ser unos docentes de excelencia.

Aborda la mejora y el aprendizaje docente de un modo abierto, mostrando a través de múltiples ejemplos que no son tanto los instrumentos, sino el método de enseñanza-aprendizaje y el fomento del aprendizaje crítico natural la clave para implicar a los alumnos en el aprendizaje profundo.

Como notas críticas, cabría señalar las dos siguientes:

1º) A lo largo de toda la obra, se trata la educación universitaria como un todo, sin hacer apenas distinciones entre los alumnos recién ingresados, los estudiantes de postgrado y los de doctorado.

Si a esto se une al énfasis puesto en el aprendizaje crítico y el enseñar a cuestionar, podemos preguntarnos si el resultado no puede ser contraproducente en los alumnos de los primeros cursos, que quizá necesiten alguna certeza previa (aunque sea relativa) antes de pasar a la siguiente fase.⁵

2º) Se olvida la conexión entre niveles educativos, por lo cual la confianza en que la labor de un buen profesor universitario puede llevar siempre a sus estudiantes a alcanzar altos estándares educativos y que adquieran las destrezas del conocimiento profundo puede ser socavada, si la enseñanza secundaria produce unos hábitos de estudiantes pasivos o fuertemente centrados en el aprendizaje estratégico o superficial.

Notas

¹ Bain (2005), pp. 42-43, 57, 63-64 y 115-116.

² Brain (2005), pp. 114-132.

³ Bain (2005), p. 157.

⁴ Brain (2005), p. 26.

⁵ En alguna medida hay que matizar esta crítica, puesto que en el capítulo tercero (pp. 64-65) se trata de la información previa que necesitan los estudiantes, aunque la atención prestada a este asunto es muy reducida.